

LA INFLUENCIA DEL PAISAJE EN EL HOMBRE (LA NATURALEZA EN LAS NOVELAS DE JOSE BALLESTER): UNA EXPERIENCIA PARA EL TALLER LITERARIO

Marina GIMÉNEZ PRECIOSO

Departamento de Didáctica de Lengua y Literatura
Universidad de Murcia

La naturaleza y el paisaje han sido fuente inagotable de inspiración para muchos autores eminentemente líricos.

Mucho se ha escrito sobre la influencia del paisaje en la vida espiritual y cultural del hombre, pero fue a partir del Romanticismo cuando la Naturaleza comienza a latir con verdadera fuerza lírica. Todos los poetas románticos concibieron la naturaleza como un todo orgánico a semejanza del hombre, antes que como una confluencia de átomos.¹

El autor lírico se propone un fin exclusivamente estético, da expansión a lo que piensa, a lo que siente, sin una técnica determinada que lo conduzca (verso o prosa).

Toda esta creación lírica trataremos de ponerla al servicio de unos fines prácticos y docentes.²

Hay autores en los que la naturaleza aparece como el ser desdoblado del hombre: el sol, la luna, las estrellas, el centro de la tierra y la profundidad del mar, todos están en espíritu y cuerpo. Escritores de la talla de Miró, Wolf y Azorín sabían que la unión con el mundo se daba siempre a través de las fuerzas de la naturaleza.³

Según Aurora Marco el paisaje ejerce en el hombre una acción constante y la convivencia con la naturaleza produce un espiritualización del paisaje que se transforma

¹ René WELLEK: *Conceptos de Crítica Literaria*. Ed. de la Biblioteca. Universidad Central de Venezuela., 1968, págs. 140-141.

² Rafael LAPESA: *Introducción a los Estudios Literarios*. Ed. Cátedra S.A. Madrid. pág. 123.

³ Ricardo GULLON: *La Novela Lírica*. Ed. Cátedra. 1984, pág. 22.

en una realidad íntima en sus vidas⁴. De aquí que el escritor lírico sea espejo en donde se ilumina todo el impacto de la naturaleza o se reflejen visiones del pasado y del futuro.

La percepción sensorial en la producción lírica de José Ballester, que nació en Murcia, tierra llena de luz y de color se encuentra repartida de forma muy abundante en sus novelas.

No quisiéramos entrar en la disputa filosófica sobre los términos sensación y percepción. El autor murciano cuando recibe la impresión del exterior o del pasado, o bien recobra sensaciones olvidadas a través de un perfume o de un sonido, no significa que distingamos entre impresión, sensación o percepción, para nosotros son términos sinónimos, a veces confundidos con el propio sentimiento.

El camino que recorren las sensaciones en Ballester está fuera del tiempo y son libres de ir y venir, de inspirar o quedarse en la memoria. Estas se recobran a través de los sentidos superiores: la vista y el oído. El gusto, olfato y tacto, por pertenecer a los sentidos inferiores son de menos frecuencia que las anteriores.

El sentimiento del paisaje en Ballester resulta ser una amorosa visión del mismo, por ello se encuentra a veces confundido entre una sensación visual y un “espacio emblemático” arraigado en su retina. El azul luminoso de nuestro cielo, la claridad difusa de la tarde huertana no difieren en exceso de la visualización que tiene Ballester de la huerta, el valle, los senderos, o la ciudad misma.

“Otoño en la Ciudad” fue la mejor novela del autor murciano. Repleta de recuerdos predomina más lo sensorial y estético, la belleza por la belleza que las notas costumbristas. Novela de estructura abierta y circular pues por un lado sus capítulos pueden ser leídos sin orden y saborearla de la misma forma que llevando una numeración. Por otro lado es circular porque transcurre desde el comienzo en la Plaza de los Apóstoles y concluye en ella. Durante este perfecto círculo Ballester nos pasea por Murcia, por sus calles estrechas y oscuras y por su luminosa huerta llena de sol y verdor.⁵

Las sensaciones que aparecen en “Otoño en la Ciudad”, a veces no se encuentran claramente definidas. En el capítulo II de esta novela aparece una descripción de los frutos típicos de la región murciana. En este sentido el profesor Baquero Goyanes nos recuerda en el libro Homenaje a nuestro autor que frecuentemente también se vale Gabriel Miró de confecciones frutales, además de otras muchas notas que radican en una intensa sensorialidad.⁶

Recuerda Baquero trozos de “El Obispo Leproso” que son comparables con párrafos del seguido capítulo de Ballester. La boca del personaje femenino, Florentina, se encuentra a los ojos del protagonista confundida momentáneamente con el color y el sabor del fruto⁷. Color y sabor aparecen en una misma imagen narrativa. Nos hace notar

⁴ Aurora MARCO: “La presencia del mar en la Literatura Gallega”. Revista literaria nº 12. Año. 1990, pág. 13.

⁵ José BALLESTER NICOLAS: “Otoño en la Ciudad” Ed. Sudesde, 1936.

⁶ Mariano BAQUERO GOYANES: “Homenaje a José Ballester”. Premio Martínez Tornel. Murcia, 1972, págs., 46-47.

⁷ “Otoño en la Ciudad”. Opus cit., págs., 23-24.

el profesor Baquero los fragmentos de “El Obispo Leproso” en el que M^a Fulgencia y Pablo juegan con un limón y el fruto al pintar “sus manos y sus respiraciones” actúa de amoroso aproximado⁸. Destaca Baquero un pasaje de Ballester no muy distante del de Miró, cuando Florentina acercándose a José María:

“Comenzó a hablarle de las frutas y le invitó a gustarlas dándole ejemplo. En su boca quedaba preso un trozo de pulpa y los labios le brillaban con la humedad destilada de aquella carne melosa”.⁹

La boca de Florentina se encuentra confundida con el fruto, acariciada por su aroma y su brillo. Detalle éste que resalta la intensa sensorialidad que tiene el autor murciano y que lo hace acercarse a la lírica mironiana.

Podemos también fijarnos en aquel otro capítulo, el VIII, en el que otro personaje resalta lo frutal como una característica definitoria de Murcia, mezclando los sabores frutales en las impresiones visuales que nos producen las imágenes pasionarias de Salzillo.

Sigue apuntando el profesor Baquero que lo frutal funciona en la novela de José Ballester como un bello motivo reiterado y, al igual que Miró, adquiere “una tonalidad extremadamente sensorial”. Por lo significativo recogemos los siguientes textos de Ballester y Miró donde sensaciones visuales y gustativas se encuentran confundidos.

“Cuando el cielo se enciende en los atardeceres, parece la mitad fresca y rezumante de luz de una fruta recién partida. La exuberancia frutal es motivo reiterado entre nosotros. No será aventurado afirmar que un cierto sabor de fruta se mezcla a las elevaciones espirituales. Las imágenes pasionarias de Salzillo, son como grandes racimos de frutas cuyo dulzor está traspasado por un sutilísimo “bouquet” amargo”.¹⁰

Compara D. Mariano Baquero este trozo de “Otoño en la Ciudad” con aquel otro de Miró “El Ángel, el molino, el caracol del faro”.¹¹

“El cielo acaba de rasgarse tiernamente como la piel de una fruta; y le sale un zumo de color rosa”.

Recordándonos con ambos paisajes que, tanto Ballester como Miró coinciden con la descripción de los atardeceres.

Explicamos a nuestros alumnos que la gama cromática que emplea Ballester para describir el mundo exterior y el interior de sus novelas es sorprendentemente sencilla. Las tonalidades que predominan son bastante reducidas. El manantial que alimenta el colorido de la huerta, las calles o plazas es el sol, que para Ballester siempre es fuente de vida. Nos vamos a limitar al colorido que aparece en “Otoño en la Ciudad”, dejando a un lado las sombras, los brillos, o luces que dan a la descripción tonalidades menos transparentes y nítidas. Los colores puros que emplea Ballester son fundamentalmente el

⁸ “Homenaje a José Ballester” Opus cit., pág., 47.

⁹ “Otoño en la Ciudad”. Opus cit., pág. 26.

¹⁰ Opus cit., capítulo XIII, pág.,78.

¹¹ Gabriel MIRO: “El Ángel, el molino, el caracol del faro”. Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid, 1961, pág., 735.

blanco, el azul, el verde, y el gris. La tonalidad de colores del rojo, el negro, y amarillo aparece con menos frecuencia.

El doctor Valenciano tiene una teoría acerca de los colores que emplea el hombre de Murcia influenciado por su paisaje¹². Afirma D. Luis Valenciano que en el paisaje de la huerta existe un franco predominio del verde y el azul en tonalidades claras algunas veces grises, envueltas por la enorme luminosidad del sol levantino.

El verde y el azul no son colores que pertenezcan a la serie caliente, como el rojo y el amarillo, sino que están incluidos en la serie fría. Son colores débilmente excitantes, “colores de adaptación” pasivos, tranquilos”. Según Lüscher, afirma Valenciano, estos colores “no salen hacia afuera sino que quedan “introvertidos”, “reservados”. Recuerda Valenciano las palabras de Kandisky: “El amarillo punza la mirada mientras que ésta se hunde en el azul”. Pero entre el color verde y el azul también existe una diferencia.

El verde resulta ser un color más macizo, “menos móvil, mas espeso y tenaz”, mientras que el color azul es más móvil, y “parece que se derrama hasta el infinito”.

Ninguno de estos dos colores resulta irritante o estimulante: el verde de nuestros bancales, nuestros árboles actúa sobre el hombre en sentido de adaptación, reforzando el buen contacto afectivo con el cuadro, el apego a la realidad, no excita a la “polémica”.

“El azul de nuestro paisaje es precisamente el del cielo, que no lleva en efecto, en su dulce movilidad a ningún objetivo a ninguna finalidad terrestre. Nuestra mirada se hunde en busca de Dios.¹³

Palabras estas, perfectamente allegables a nuestro autor en el empleo del azul, del verde, que Ballester usa para la descripción de nuestro hondo cielo, nuestra rica huerta.

Pondremos unos ejemplos para distinguir los diversos tonos de azul:

“Una música semejante es la que las palomas que van volando sobre el azul hondo de este bello día”.¹⁴

“Había tal equilibrio entre su ligereza y su lividez, tal concierto entre lo azul y lo alabastrino y lo rosado de su carnación¹⁵.”

En cuanto al rojo, no lo desplaza Ballester a un objeto que no le corresponda: “Cortó en el rosal una rosa de color sangre”¹⁶. O bien cuando alude a la bandera española: “Ni flamarada de telas rojas y amarillas con la que la calle iba encendiendo sus

¹² Luis VALENCIANO GOYA: “*Estudios y Ensayos sobre la vida y las vidas humanas*” Academia Alfonso X El Sabio. Murcia, 1970.

¹³ *Estudios y Ensayos sobre la vida y las vidas humanas*” Opus cit., pág. 150.

¹⁴ José BALLESTER NICOLÁS: “*La vita Nova de Carlos*”. Novela Levantina. Noviembre 1921, pág., 14.

¹⁵ José BALLESTER NICOLÁS: “*Resucita un aroma tenue*”. Archivos Literarios de José Ballester donados a la Academia Alfonso X El Sabio. Murcia, 1944, pág., 6.

¹⁶ “*Otoño en la Ciudad*”. Opus cit., pág. 153.

balcones....”¹⁷. Aunque a veces se nos muestra más impreciso: “Un perfil de mujer joven de aire grave y entorno suyo una aureola de puntos rojos, que no se sabe si son faroles alejándose en la sombra o evocaciones de aquella rosa natural”¹⁸.

El color amarillo lo encontramos en la lírica ballesteriana usado como un color metafórico. Los términos a los que lo aplica son más o menos inmateriales que no pueden poseer totalmente el color que se les otorga: “Como las piedras de un edificio reflejan el color desmayado del sol en las tardes amarillas”¹⁹.

Especial interés muestra Ballester en la aplicación del color gris. Murcia aparece ante los ojos del protagonista como una ciudad lírica. A través del color gris nos ofrece el escritor murciano un marcado impresionismo: “En el ambiente parisiense, el gris es fundamental y todo lo demás son variaciones sinfónicas del gris; en el paisaje mediterráneo el gris se hermana con los azules y las malvas, poniéndoles un vigor de que carecerían sin él; en Murcia es el gris de perlas desleídas en el aire, y de ahí su finura y distinción”. Observemos la gran variación de los tonos grises como si de una inmensa gama se tratara. “Variaciones sinfónicas del gris”, “el gris se hermana con los azules y los malvas”, “en Murcia es el gris de perlas”²⁰.

Pensamos que el color gris es para Ballester el color de la melancolía. Las brumas, las calimas, los amaneceres, se encuentran desleídos en este color. Los amantes de la prosa ballesteriana sabemos que nuestro escritor ha logrado a través del mundo de las sensaciones crear la nostalgia y la añoranza, y reflejar una nota de optimismo consiguiendo aunar estas sensaciones con el bienestar que le produce sentirse ciudadano de su tierra.

NOTA: Hemos creído que un taller literario excede a un comentario de texto, por eso hemos omitido cualquier referencia bibliográfica hacia dicho comentario de texto.

Los alumnos de Magisterio han trabajado sobre los textos ballesterianos extrayendo los colores, los matices de las luces, las sombras, el reflejo de los espejos etc... y han catalogado este cúmulo de sensaciones, especialmente visuales, que nos ofrece la narrativa de José Ballester.

¹⁷ “Resucita un aroma tenue”. Opus cit., pág., 40.

¹⁸ “Otoño en la Ciudad”. Opus cit., pág., 157.

¹⁹ “Resucita un aroma tenue”. Opus cit., pág., 40.

²⁰ “Otoño en la Ciudad”. Opus cit., pág., 151.